

se encuentra necesariamente matizado por la ideología sexista, relacionado a las ideas de sumisión y de un abandono complaciente que supuestamente es voluntario; sin embargo, deja de serlo cuando obligatoriamente ha de ser siempre así, cuando el hombre exige una mujer obediente y exenta de sexualidad.

Por otro lado, agregan Bedolla y García, el punto más importante para comprender el hostigamiento sexual está en la creencia tradicional de que la mujer debe complacer al hombre; se la concibe como un objeto sexual, se le inculca la conciencia de ser un bien de consumo. De esta manera le es negada toda capacidad intelectual, valorándosele sólo por su apariencia, lo que la obliga a cuidar exageradamente de su cuerpo y a esconder sus imperfecciones.

Las investigaciones realizadas por las integrantes del CEM concluyeron que son cuatro aspectos básicos los que caracterizan el hostigamiento sexual:

1.— ACCIONES SEXUALES NO RECIPROCAS. Que son conducidas verbal y/o físicamente y que contienen aspectos relacionados con la sexualidad, las cuales se reciben sin ser bienvenidas ni reciprocadas. Estas conductas pueden ser:

- Gestos y miradas insistentes al busto u otras partes del cuerpo.
- Presiones para una cita.

- Bromas o comentarios sexuales.
- Insinuaciones o proposiciones directas sobre tener relaciones sexuales.
- Tocamientos, caricias, pellizcos.
- Apretones, abrazos o besos.
- Verse acorralada en algún lugar, y una más que agregaríamos y que se da mucho en las oficinas.
- Envío de cartas, regalos, fotos o dibujos obscenos.

En la Plaza de San Pedro

Tenía 23 años y era profundamente religiosa. Cumplía con todas las obligaciones que tiene una mujer católica y lo hacía con gusto; para mí la religión no era opresiva o por lo menos yo no la vivía así.

Por eso cuando me fui a estudiar y trabajar a Italia pensaba con verdadera ilusión en asistir el domingo a la Plaza de San Pedro y participar con los miles de fieles que ahí se congregan para recibir la bendición papal. No era lo único que me interesaba, desde luego; pensaba en los museos, la maravillosa ciudad, la oportunidad de aprender otro idioma, de conocer otra gente y claro, ¡los italianos! Me habían platicado tanto de que eran guapos, atractivos, galantes, y yo tenía 23 años.

El primer domingo que pasé en Roma me arreglé temprano y me fui a la Plaza de San Pedro. El gentío era impresionante y yo me sentía contagiada del entusiasmo de las demás personas que esperaban que apareciera el Papa en el balcón. Cada vez había más gente y se hacía difícil desplazarse.

De pronto la multitud se apretujó. El Papa estaba por salir y parecía como que todos quisieran acercarse aunque fuera un poco más. Y entonces me sucedió lo inesperado; sentí que quien estaba parado tras de mí me abrazaba y me inmovilizaba y me manoseaba. Una de sus manos estaba en mi pecho, lo sobaba, lo movía, mientras la otra urgaba en mi entrepierna con movimientos frenéticos. Me tenía prensada y yo ni siquiera podía voltear a ver su cara.

La demás gente no se percataba, no veía lo que pasaba y mis gritos se perdían entre los de la multitud que aclamaba al Papa, que ya estaba en el balcón. Llorando empecé a rezar, pidiéndole a Dios que me salvara de aquella agresión, que no permitiera que me hicieran aquello, que no dejara que se me ultrajara así. No me escuchó, y con las manos de aquel hombre manoseando mi cuerpo, recibí la bendición papal.

Cuando el Papa se retiró la multitud empezó a dispersarse y el hombre me soltó. Volteé rápidamente y ya no había nadie a quien yo pudiera señalar parado tras de mí. ¿Cuál de todos aquellos que se alejaban era el agresor? ¿A cuántas mujeres había sorprendido mientras esperaban la bendición papal?

Ese día perdí algo que para mí era precioso, era importante. Ese día perdí la fe. 

